

M-30. Un periodista de EL MUNDO y vecino de una de las zonas más afectadas por el proyecto de enterramiento de la M-30 vive desde hace un año y medio los inconvenientes de unas obras que han alterado peligrosamente el día a día de miles de ciudadanos de la zona. / Por Antonio Lucas



La vivienda del periodista, el pasado jueves, frente a las obras de enterramiento de la M-30, con las grúas trabajando indiscriminadamente las 24 horas del día. / CARLOS BARAJAS

Vivir en las obras

«En periodismo la actualidad tiende a ser caducifolia, una vez contada tiene

poco zumo que ofrecer el día después. Sin embargo, hay realidades tercas como una pesadilla, insistentes, estremecedoras, invariables en su capacidad de incordiar hasta la extenuación. Entre las más notables de este Madrid descuadrado sobresalen las disparatadas obras de enterramiento de la M-30, subtituladas: ‘Una historia insoportable’. ●●●

●●● El proyecto faraónico de Alberto Ruiz-Gallardón, que cambiará de un golpe la fisonomía del sur de la ciudad en una salvaje intervención que se extiende por kilómetros, se ha convertido en la tortura a plazo fijo de miles de ciudadanos de una punta a otra del río Manzanares a su paso por la ciudad. Calles cortadas sin previo aviso, un ruido ensordecedor a cualquier hora, polución indiscriminada, infinitos impedimentos para el peatón...

Desde hace año y medio resulta insoportable, casi agónico, vivir, por ejemplo, en el tramo que va del Puente de Toledo a la plaza de Legazpi. Las noches se prolongan hasta la madrugada con un inistente graznar de excavadoras, grúas, máquinas de perforar el asfalto y otras herramientas de altísima agresividad urbana, asestando zambombazos metálicos al suelo

indiscriminadamente, horadándolo, soltando una terrorífica berrea de decibelios de lunes a domingo (sí, también los domingos).

Las mañanas empalman con esas madrugadas insufribles. A las seis, a las siete como muy tarde (¿eso es legal?), la fuerza de los *vibros* (artefacto que hace tiritar los cimientos de cualquier edificio cercano), ponen en jaque al personal con un tembleque capaz de hacer saltar los empastes. No hay tregua en estas obras a granel que sufren ancianos, niños, *curritos*, turistas escapados del centro y demás ciudadanos tan alucinados como indignados.

La contaminación acústica (un eufemismo para citar una de las formas del infierno) se ha disparado hasta niveles que superan el 70% de lo permitido, de lo soportable. La salvaje y odiosa orquesta de la maquinaria *toca* sin tregua,

otorgando sólo insuficientes paréntesis de una hora (la del almuerzo de los operarios). La contaminación ambiental sobrepasa hasta la alarma niveles de por sí alarmantes. Y si uno atraviesa en la noche el Puente de Praga, a un lado y otro de la M-30 avista una falsa niebla, una nube de polvo y monóxido de carbono como parte sustancial del desolador paisaje, aupando aún más el adefesio. Se recomienda no respirar a fondo. El aire viene sucio, impacta y se queda flotando en la garganta, así desde hace más de 400 días, y lo que queda. La atmósfera no puede ser más nociva, ni más desesperante. ¿Por qué no viene a comprobarlo, señor Gallardón?

Este es el panorama en un barrio, en un tramo de ciudad donde la vida se ha convertido en una batalla contra el insomnio impuesto por decreto, donde aún no se han

perdido las formas, pero están bajo mínimos tras dos veranos ya sufriendo la tiranía de todas las incomodidades, el yugo de las calles cortadas, de las aceras intransitables, de la imposibilidad de abrir las ventanas si uno quiere preservar su vivienda, sus libros, sus cuadros, sus discos, de un polvo que todo lo tizna y lo daña.

La situación roza el tercermundismo y el sospechoso interés de no detener las obras ni un segundo apunta a que la carnaza electoral será explotada por el Ayuntamiento con este frente como prioridad, y con nosotros (los habitantes de la *zona catastrófica*) de cobayas de un proyecto salvaje a mayor gloria del señor alcalde, sin tener en cuenta el grave problema diario de los que sufrimos sin alternativa este proyecto.

Resulta desolador que el único rasgo de identidad de Madrid sea

una obra disuasoria para cualquier visitante. Nada justifica el que se haya emprendido de una sola vez un proyecto capaz de revocar cualquier confianza en su resultado sólo con vivir el día a día de su desarrollo. El río Manzanares (ese proyecto de río) ha quedado convertido en una lengua ponzoñosa, con el cauce deshidratado y *reciclado* como lecho para toneladas de escombros. Señor Gallardón, cuando hay de por medio tanto cemento a uno se le dispara la hormona de la sospecha. Será alergia a lo que arrastra el hormigón. No sé si me explico.

Vivir en las circunstancias abominables en que lo estamos haciendo quienes habitamos entre el Puente de Toledo y la plaza de Legazpi, por ejemplo, invita a dudar de muchas cosas relacionadas con la gestión política, de los verdaderos intereses de un gestor municipal. Resulta demasiado artera la presunta voluntad de *perpetuarse* a costa de la tranquilidad de los numerosos (no lo olvide) habitantes de un perímetro de ciudad cuya reforma podría haberse emprendido gradualmente. Nada justifica las graves secuelas psicológicas y físicas que, seguro, esta corrosiva reforma provocará en algunos vecinos.

El fracaso en la candidatura a los Juegos Olímpicos de 2012 dieron esa tregua. No sé si queda claro el profundo rechazo a quienes con sus planes inabarcables alteran sin piedad, ni conocimiento real de los efectos, las condiciones básicas de lo cotidiano. Señor Gallardón, ha encendido el sanísimo escepticismo en este otro lado del río.

Lo primero al despertar, con el estruendo imprevisible de ese *gong* brutal que nos ha impuesto desde hace tanto, tanto tiempo, es pensar en el placer del sufragio. Después calculo el tiempo por los huecos que deja la nube de polvo insalubre. Veo las obras y recuerdo, como decíamos ayer, que todo sigue igual. Y me da por pensar, señor alcalde, si todos los dignos trabajadores de esta obra desmedida (los nativos y los necesarios inmigrantes, que son en este caso mayoría) tienen la cualificación necesaria para desarrollar labores tan delicadas como manipular el subsuelo donde están los cimientos de los cientos de edificios colindantes, de nuestras casas.

Sospecho que llegará a la campaña electoral previa a las municipales con la pertinente foto en la M-30. Espero que esa prisa suya por la que no descansa nadie no sea al final contraproducente. Remontar la indignación de los miles de afectados en esta aventura que roza la psicosis no le va a resultar fácil. Es una intuición. Le invitaría a dormir en casa, señor alcalde, pero le mentiría. Los ruidos de sus obras lo impiden. Eso sí, el *Concierto para flauta en Re mayor* de Telemann puede ser una banda sonora apropiada para la hora del té, del volumen no se preocupe, tengo unos altavoces potentes. Y si no, como es obligado hacer por aquí, nos asomamos a pedir clemencia a los tíos de las grúas. Seguro que entre los dos conseguimos algo. Nos vemos en el túnel. Seguiremos informando.